

CATALUÑA Tallorilla



BARCELONA

18 de abril de 1967

SUPLEMENTO NUMERO 20

**"La suerte de vara",
grabado a la manera negra,
de María Josefa
Colom, artista
barcelonesa**



El distinguido comisario de Policía y recientemente jubilado, don Pascual Jimeno, nos envía para su publicación el artículo que sigue. Don Pascual, debido a su cargo, ha venido presidiendo en la Ciudad Condal en los últimos años muchas corridas de toros. De ahí que estimemos sus palabras como fruto de una madurada y continua experien-

EL ACTUAL REGLAMENTO Y LA SUERTE DE VARAS

VEAMOS lo que dice el segundo párrafo del artículo 67 del Reglamento de Espectáculos Taurinos:

«Al Presidente, durante la lidia, le corresponde ordenar el cambio de todas las suertes; que se pongan «banderillas negras» a las reses que no reciban en toda regla tres puyas, salvo en casos excepcionales, en que por accidente sufrido por la res o por excesivo castigo recibido conviniera disminuir dicho número, a juicio de la Presidencia o a respetuosa petición del espada a través del Delegado de la Autoridad...»

En unas declaraciones que en noviembre último hice en el diario barcelonés «Solidaridad Nacional» mantengo el criterio de que en la suerte de varas fuera el matador quien solicitara el cambio, descargando al Presidente de esta responsabilidad, el cual, desde su sillón y a bastante distancia y altura, no puede desarrollarla. Esta facultad presidencial supone una intervención directa en la lidia y con un haber de muchos posibles errores en perjuicio del matador. Los toreros están cerca del toro, ven como salen del caballo, la fuerza que van perdiendo, si se les corrige algún posible defecto, etc., y pueden decidir mejor que el Presidente. Unas veces, porque el caballo tapa al toro; otras, porque la suerte se ejecuta a gran distancia, en la parte opuesta al palco, lo cierto es que hay lidia de toros que no se puede apreciar bien si las varas han sido eficaces o no, y ante esta duda, el Presidente cambia, y el matador acepta su decisión, de la que a veces depende su vida. Por ello, es el matador quien debe decidir. Como aficionado sostengo que el espada, o el director de lidia, de acuerdo con el de turno, debe ser quien solicite el cambio de este tercio. Pero respetuosamente, como dice el Reglamento. No hay respeto cuando un espada se dirige al Presidente solicitando el cambio de varas, el único que le autoriza el Reglamento, sin descubrirse, haciendo con el dedo un movimiento de molinillo en sentido horizontal, que, gracias a Dios, no lo hacen vertical. Esta petición con el dedo es descortés y autoritaria; como una orden. Pero si se quita la montera, ya es una súplica, una petición. Las cosas varían. Dice este segundo párrafo del artículo 67, que co-

mentamos, que esta petición hay que hacerla por conducto del señor Delegado; pero hay que reconocer que, en ocasiones, el matador está en el lado opuesto al Delegado y que hasta que llega a él se pierde bastante tiempo y el toro puede entrar nuevamente al caballo.

Si este artículo del Reglamento admite un posible error presidencial al autorizar al matador a solicitar el cambio de varas, precisamente porque ve mejor la situación que el Presidente, cosa que hacen siempre que ven un toro fácil, ¿por qué no pueden hacerlo siempre? Se dirá que un matador poco escrupuloso podría agotar a un toro con un excesivo castigo. Esto también puede hacerlo un Presidente, y cuando ocurre, cuando un Presidente, equivocadamente o convencido que el toro no está castigado, no dispone el cambio y el aficionado cree ya lleva excesivo número de puyas, se vuelve hacia la Presidencia haciendo patente su protesta, lo que también podría hacer, con mayor razón, al matador. ¿Cree el aficionado que al torero le agrada poder manejar esta arma? No. Es una responsabilidad que no aceptaría. Es más sencillo poder decir que un toro no se ha picado lo suficiente o con exceso. Si luego no pueden con el toro, la culpa es del Presidente; pero si pueden hacerse con él y hay faena, su éxito es mayor, porque pese al error presidencial, su inteligencia y maestría han suplido el fallo del Presidente.

Hay un torero de fama, muy dado a dirigir miradas electrificantes desde el ruedo, que, según la opinión de un amigo y buen aficionado, es más corto que las mangas de un chaleco, ocurrencia que yo comparto. Una tarde, en la Monumental de Barcelona, presidiendo yo la corrida, dispuse el cambio del tercio de varas en un toro suyo. No le agradó y, mirándome con gesto de sorpresa muy estudiado, mientras se dirigía a la barrera clavaba alternativamente sus ojos en el público y en mi persona, con un simultáneo movimiento de cabeza, como diciendo: ¡Qué ha hecho este hombre! Desde luego, me preparó bien al público. A pesar de sus miradas y movimientos de cabeza, el toro fue abajo y no hubo nada de nada. Creo, señor matador,

que los toros hay que dejarlos algo enteros, lo que no debe asustar a un buen lidiador. Una muleta bien manejada puede surtir más efecto que una vara. Con un casi cadáver, la posible faena no tiene mérito alguno. El mismo matador, otra tarde, al oír los clarines señalando el cambio del primer tercio, volvió rápidamente la cabeza a la Presidencia con gesto serio, como sorprendido y molesto. En este toro cortó trofeos. Todos estos gestos y caras de sorpresa que dirigen algunos matadores a la Presidencia cuando oyen el cambio de varas, que a ellos no les agrada, dejarían de hacerlo si fueran ellos los que lo solicitaran.

Insisto, como aficionado y con lo que la Presidencia me ha enseñado, que es del ruedo de donde debe salir la petición del cambio de este primer tercio, bien por el matador de turno o por el director de lidia, previo acuerdo entrambos. Son ellos los que se juegan la vida, y nadie mejor que ellos puede apreciar las condiciones de la res. El Presidente, aunque sea un gran aficionado, no puede ver lo que aprecia el lidiador.

Pero me temo que los matadores no pasarán por esta apreciación porque saben la responsabilidad que se les echaría encima. Únicamente cuando ven que les ha salido un «borreguete», entonces se van rápidos al toro, se estiran y, con un poco de espectacularidad, se dirigen rápidamente al Presidente solicitando el cambio, lo que produce en el público cierto optimismo, que algunas veces dura muy poquito, y hacen su «faenita de ahora». Y luego quieren las dos orejas, rabo y las patas...

Si pueden pedir el cambio, porque el Reglamento les autoriza, para los toros que son de su gusto, ¿por qué no pueden hacerlo en aquellos que no sean de su agrado?

Podría ser iniciativa de la Presidencia el cambio para «banderillas negras» cuando el toro sale huyendo del hierro o se resiste entrar a los caballos. Aquí no hay problema.

El Presidente debe limitarse a ordenar el cambio de toda suerte, retirar toros al corral cuando proceda, conceder trofeos... y aguantar las broncas.

Pascual JIMENO

PATIO DE CABALLOS EN BARCELONA

¿LA CRUZ DE BENEFICENCIA PARA JAIME OSTOS?

Jaime Ostos se ha presentado de nuevo en Barcelona, esta vez formando terna con Antoñete y Mondeño. Según noticias procedentes de Sevilla, se ha pedido la Cruz de Beneficencia. Sobre el particular hemos hablado con él en el patio de caballos.

—Para mí fue una sorpresa. Me lo comunicaron en el transcurso de una cena-homenaje, a la que asistieron las primeras autoridades de Sevilla. Ahora bien; por otro lado, creo que el cumplir con el prójimo no es motivo para que me den una distinción. Según tengo entendido, esto se debe a mi cooperación en numerosos festivales benéficos, gracias a los cuales, según dicen, se ha levantado en Sevilla una Escuela de Formación Profesional que alberga en la actualidad a más de cien niños que, indistintamente, pueden estudiar o aprender un oficio.

—Jaime Ostos, ¿es hombre de buen corazón?

—La verdad, no lo sé. Ahora bien; siempre que solicitan mi colaboración doy lo que tengo y algo más.

—¿Quiénes le han dado más disgustos: los hombres o los toros?

—Generalmente, los hombres. Tenga presente que los problemas de los hombres son de mayor envergadura y más continuos. Los que plantean los toros son pasajeros.

Damos un giro a la conversación y preguntamos a Ostos:

—¿Cómo ha empezado este año?

—Gracias a Dios, muy bien. Además, me he preparado a conciencia, pues he pasado todo el invierno en el campo. Tampoco debemos olvidar mi experiencia, ya que llevo dieciséis años en la profesión, y eso pesa lo suyo.

—Ah, pues, ¿cómo se presenta la temporada?

—En principio, como todas. Aunque, en honor a la verdad, hasta el 15 de octubre no se puede decir nada. A veces ocurren imprevistos con los que uno no cuenta.

—Y, para terminar, hemos observado que usted no figura en los carteles de la Feria de San Isidro. ¿Quiere ello decir que su cotización ha bajado?

—El no encontrarse en los carteles de ninguna Feria no quiere decir que la cotización de los toreros haya bajado, puesto que realmente ha habido figuras que no han ido a la Feria de Sevilla y, en cambio, han ido a la de Madrid, y viceversa. O sea, los toreros procuramos siempre llegar a un entendimiento con las Empresas, y cuando no se produce no quiere decir que la cotización baje, sino, simplemente, que no se ha llegado a un acuerdo.

—Jaime Ostos, ¿es un torero caro?

—Yo no sé si soy caro o barato. Los toreros son caros o baratos según las circunstancias. Ahora bien; considero que debo ganar equis pesetas, y si no me las dan no voy. Por encima de todo tengo un sentido exacto de lo que debo cobrar por actuación, hecho que a la Empresa puede parecerle caro.

A. RAMIREZ

¿ES ANTITAURINO EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA?

Los Servicios Municipales de Prensa del Ayuntamiento de Barcelona acaban de publicar un interesante y práctico folleto que recoge nombres y direcciones de los medios de difusión barceloneses, de sus directores y de sus críticos o informadores municipales, fotografías, correspondientes de Prensa nacional y extranjera, de arte y literatura, música, cine, teatro, modas y deportes.

Una relación completísima de los periodistas que informan o critican en las secciones de Prensa, Radio y Televisión barcelonesas.

Los únicos que no están en el folleto son los críticos taurinos. ¿Por qué?

Ventana abierta a la opinión

ENCUESTA PARA PUNTUALIZAR SOBRE LAS CONFIRMACIONES DE LAS ALTERNATIVAS



Continúa esta semana la encuesta que CATALUÑA TAURINA realiza en las páginas de EL RUEDO para recoger las opiniones de los aficionados y de los protagonistas de la Fiesta respecto a las confirmaciones de las alternativas en Madrid. Por tratarse de una ceremonia que aunque no concede privilegio alguno sí que responde a una vieja tradición, las opiniones son muy diversas.

Muchísimos aficionados barceloneses nos escriben o se ponen en contacto con nosotros para entablar diálogo sobre el tema. Resulta imposible que podamos publicar todas estas comunicaciones, pero sí recogeremos aquellas que centren y traten mejor el discutido tema.

Y ahora vamos con las contestaciones que hemos recogido durante esta semana.

DON REYES CANTERO Presidente de la Peña "Cordobés"

D. Reyes Cantero Martínez es cordobés, residente en Barcelona desde hace veintidós años. En 1935 actuó en dos nocturnas en Córdoba; pero la guerra de Liberación impidió que continuase en la profesión.



Ha pertenecido a varias Peñas taurinas. Ahora preside la de «Cordobés» y sigue siendo socio de la Peña «Los de Gallito y Belmante». Asiste a todas las corridas que se celebran en Barcelona. A nuestras preguntas responde así:

1.° Sí. A efectos de antigüedad como matador de toros, la alternativa cuenta desde el mismo día en que la recibe.

2.° La ceremonia de confirmación en Madrid es sólo como una especie de visto bueno a la categoría alcanzada. En realidad, los toreros aceptan la confirmación porque ello supone una actuación en Madrid, a la que siempre aspiran. Pero como no tiene valor alguno hay quien se opone, como no hace mucho sucedió con Pepe Osuna.

JAIME OSTOS

Por no llegar a ponerse de acuerdo con la Empresa madrileña, el matador de toros Jaime Ostos, que tomó la alternativa el 13 de octubre de 1956 en Zaragoza, no confirmó su nueva categoría en Madrid hasta un año después. Si las diferencias entre el ecijano y la Empresa de Madrid no se hubiesen



zanjado, Jaime Ostos no habría confirmado todavía la alternativa, aunque ya se han cumplido diez años desde que se hizo matador de toros.

Ha contestado a nuestras preguntas:

1.° Sí. Aquí no caben ni diferencias

de opiniones. Tiene validez a efectos de antigüedad desde el momento en que se recibe el doctorado.

2.° La confirmación representa sólo rendir pleitesía a la capital de España. Es una tradición que ni quita nada al profesional, pero que tampoco le beneficia en nada. Yo dejaría esta cuestión tal y como está.

DON MANUEL VILLALANTE Barman

He aquí un gran aficionado a la Fiesta. Manuel Villalante Rodríguez, el barman más cordial que hay en Barcelona —presta sus servicios en ese gran centro de reuniones que es la Terraza Martini—, es sevillano y tiene treinta y dos años. Muchos de ellos residiendo en Barcelona. Es tajante en sus respuestas:



1.° La alternativa tiene validez desde el momento que el diestro la recibe. La cuestión de la plaza no tiene importancia a efectos de antigüedad.

2.° Para mí, como Madrid no es la cátedra del toreo, el que los matadores de toros tengan que confirmar la alternativa allí no tiene sentido alguno. Habrá quien se aferre a esa vieja costumbre, pero sólo por continuar una tradición sin valor de ninguna clase.

JOAQUIN PIQUER Banderillero

Joaquín Piquer, subalterno de la cuadrilla de Miguelín, recibió recientemente el trofeo al «Mejor Banderillero» por sus actuaciones en Barcelona, que todos los años otorga la Peña «Hermanos Chamaco».



Ha actuado a las órdenes de Paco Corpas, Victoriano Valencia, José Fuentes y Miguelín, con el

1.° ¿DEBE TENER VALIDEZ LA ALTERNATIVA DESDE EL MOMENTO EN QUE SE RECIBE?

2.° ¿QUE OPINA SOBRE LA OBLIGADA CONFIRMACION EN MADRID?

UNANIME: LA CONFIRMACION ES UNA CEREMONIA INNECESARIA. NI DA NI QUITA NADA

que ahora está fijo. Desde que era muy joven reside en nuestra ciudad y aquí se hizo profesional. Nos dice:

1.° La alternativa cuenta desde que se recibe, sea en la plaza que sea. A efectos de antigüedad así es y así ha sido siempre.

2.° No hace ninguna falta confirmarla en Madrid. Por tanto, suprimiría esa ceremonia. Más que mi opinión vale la de los matadores a cuyas cuadrillas he pertenido. Cuando hemos hablado de este tema, todos coinciden en lo mismo: debería suprimirse. Lo que ocurre —puntualiza Piquer— es que a todos les ilusiona torear en Madrid y la confirmación de la alternativa representa una actuación más en la capital y, para muchos, acaso una de sus pocas actuaciones en Madrid como matador de toros.

DON JORGE MUSONS Aficionado

D. Jorge Musons Martí, aficionado de toda la vida y protagonista, puesto que ha intervenido en diversas tientas



y fiestas taurinas. Lo encontramos casi al pie del avión, pues se marcha a la Feria de Sevilla.

1.° En mi opinión, la alternativa debe tener validez a partir del momento en que el es-

pada que la recibe ha dado muerte al toro de la alternativa. Sólo debería otorgarse en las plazas clasificadas como de primera categoría, lo que supondría un mínimo de garantía de conocimientos taurinos por parte del novel matador. El Reglamento taurino en el futuro tiene la palabra.

2.° Desde el punto de vista reglamentario, la confirmación carece de sentido. Pero, ¿por qué no mantener un gesto de tradicional cortesía hacia una plaza que pesa en la carrera de los toreros, en lugar de ir simplificando la Fiesta y quitándole atractivos, con el riesgo de mecanizarla por completo? Creo que toda oportunidad para ofrecer un alliciente a la Fiesta es bueno para mantener su interés.

LOS RADIOLOGOS DEL MUNDO GRITAN

¡OLE!

ASISTIERON A UN FESTIVAL TAURINO EN LA COSTA BRAVA

Más de mil especialistas, pertenecientes a cuarenta países, se reunieron en Barcelona, entre los días 3 y 8 de este mes, a fin de debatir complicados temas, en el VII Congreso de Médicos Electrorradiólogos de Cultura Latina y I Congreso de la Asociación Europea de Radiología.

Como acto de despedida se organizó en su honor un festival taurino. Y, como por aquí no tenemos una «Pañoleta» de fuerte tradición, pero sí una «España Brava» en la costa gerundense, por donde han desfilado ya miles y miles de turistas del mundo entero, su empresario, el inquieto y gran aficionado don Pascual J. de Zulueta, se llevó a San Feliu de Guixols a los congresistas para que pudieran recoger en sus cámaras fotográficas el «typical Spain» de una plaza de toros.

Se abarrotaron las localidades «caras» de radiólogos y de sus acompañantes. Y eso que muchos prefirieron irse enfrente para gozar del sol a la vez que presenciaban el festejo; ver toros «haciendo bronce», ideal conjunción para los extranjeros.

Los organizadores, por su parte, ofrecieron a los congresistas un bonito programa de la «corrida de toros» en colores, en el que, tras el último actuante, figuraba el nombre del congresista y su apodo torero: un original «souvenir» que será muy apreciado por los interesados, pues les servirá para contar allá en sus tierras la «apasionante» historia de este día.

Don Angel Peralta, centauro de las marismas, galopó, quebró y toreó dos novillos —primero y último— entre las aclamaciones de la concurrencia; aclamaciones que se hicieron explosivas cuando el último burel rodaba por la arena certeramente herido con el rejón del caballero.

Oscar Cruz —perfil de indio colombiano y rebosante de cor-

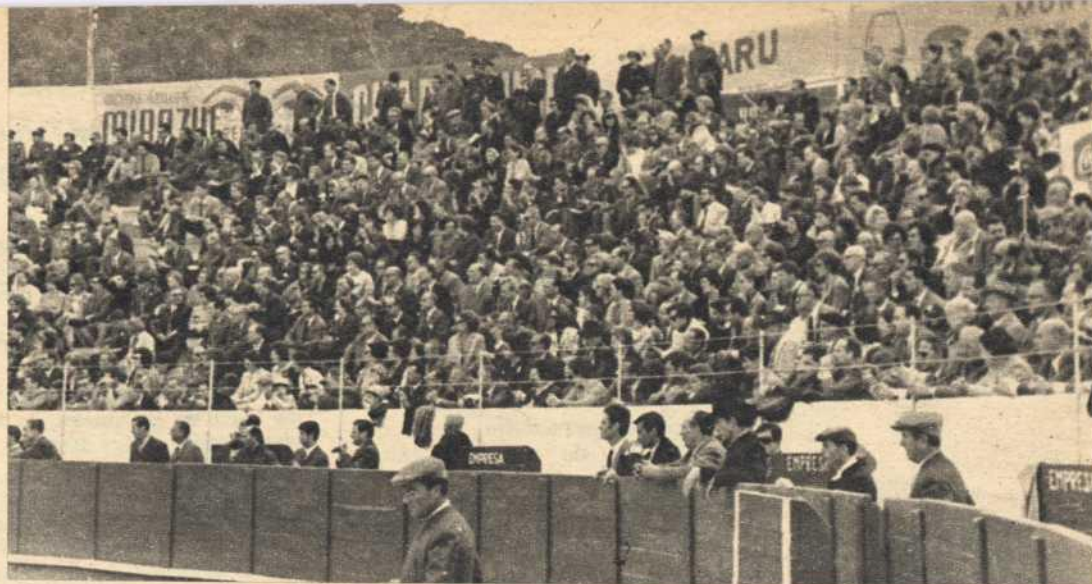


dialidad— logró momentos muy lucidos en la lidia de su enemigo, mostrándose artista con el percal y la pañosa y certero con el estoque.

Y, por último, Victor Manuel Martín, nacido en tierras de Cubo de Vino, criado en Salamanca y al que esta placita sanfeliense le es familiar por haber sido su escuela práctica cuando el hoy era sólo una quimera, luchó con éxito ante las dificultades del «morito» que le correspondió, que se colaba y que buscaba por debajo de las telas el cuerpo espigado y flexible del junco torero.

La alegría de los asistentes granó en espléndida cosecha de rabos y orejas, que los lidiadores pasearon por el ruedo entre tableteo de palmas y ofrenda de claveles.

Y, caso extraño, nadie abandonó el ruedo antes de tiempo y muy escasas lágrimas rodaron de los ojos de las damas. Los radiólogos, por su parte, habían olvidado complicados problemas, quizá porque el redondo sombrero con que se tocaban varios de ellos y el colorido de



CONGRESOS.—Los radiólogos de los Congresos Latino y Europeo, en los tendidos de la plaza de San Feliu de Guixols. A la derecha, la bibliotecaria italiana Fiori Pavani.

la plaza borró de sus mentes por unas horas la esclavitud de las batas blancas.

Ya en el atardecer la caravana de autocares enfiló el camino de regreso, bordeando playas tranquilas y perfilando líneas continuadas de hoteles lujosos. Al día siguiente, unos por tierra, otros por mar y otros por aire marcharían a sus clínicas y a sus hogares, llevándose consigo, en extraña mezcolanza, temas resueltos y caracolear de jinetas.

UNA ITALIANA LLAMADA FIORE

Ocupando una barrera, junto a la puerta de cuadrillas, presencié el festejo una mujer joven y guapa que se entusiasmó con los lances del ruedo y aplaudió, puesta en pie, en muchas ocasiones. Angel Peralta, correspondiendo al entusiasmo de la bella, le entregó el rabo cortado, que ella levantó como símbolo de victoria entre el aplauso de sus vecinos.

Más tarde, en el hotel, la espectadora de pelo endrino, facciones sureñas y lengua italiana charlaba con nosotros. Antes se retrató junto al serio novillero Martín y al rejoneador, galán y caballero.

Se llama Fiore Pavani, es bibliotecaria y vino acompañando a unos médicos del Instituto de Padova. Nunca había visitado España y ahora asegura y repite que pronto volverá.

—Este viaje me ha entusiasmado. Era la «prima volta» que visitaba España. Me ha encantado. Lo poco que he visto, Tarragona, Barcelona —el Pueblo Español—, este trozo de Costa Brava, es maravilloso. He observado que los españoles son muy atentos, muy gentiles. ¡Qué dife-

rencia con los hombres de otros países!

—¿Y nuestras costumbres?

—¡Oh!, el flamenco es mi baile preferido. Me hubiera gustado nacer en España y poder bailar con la gracia de ustedes. También los toros me han maravillado. Son magníficos. A mí me gustan mucho las cosas violentas. Quizá a mis compatriotas no les agraden tanto porque los italianos, ¿sabe usted?, son más sensibles, por lo general.

—¿Qué es lo que más le ha gustado esta tarde?

—Todo, pero especialmente el caballo. ¿Se llama rejoneador?

—Bueno, rejoneador es el hombre que va encima del caballo; éste —digo, señalando a Angel, que ríe.

También ríe Fiore, aunque su rostro se tiñe de un ligero carmín y disimula su momentánea turbación chupando ávida el cigarrillo que sostiene entre los dedos.

—¿Cómo definiría los toros?

—Los toros no son posible de definir; sólo que es una cosa magnífica. Aunque entre las tra-

diciones españolas e italianas existe cierta similitud, esta fiesta es algo diferente y única.

—¿Qué sabía de nosotros antes de venir?

—Muchas cosas. Conozco la poesía de Federico García Lorca, aunque resulta difícil para nosotros porque sus imágenes no admiten traducción; conozco la obra de Picasso, aunque he de confesarle que no me gusta su actual pintura; me gusta la de la época azul. No entiendo por qué un perfil ha de tener dos ojos. También he leído obras de Calderón. Me parece que ahora en España, como ocurre también en Italia, hay crisis de poetas y de pintores.

—¿Volverá?

—Sí, volveré. Seguro. He oído hablar mucho de Córdoba. Es algo así como el Picasso del torero, ¿verdad? Cuando vuelva quiero verle torear. ¿Usted me explicará la corrida?

—Y me gustaría tener, por lo menos, esos tres ojos de Picasso.

Mario DE TRIAS

POR AQUI PASARON

JOSE LUIS ROMAN

Nació en Málaga el 16 de junio de 1946. Su verdadero nombre es José Luis González González, habiendo adoptado el nombre artístico de José Luis Román por haber, cuando empezó, otro muchacho con el mismo nombre y apellido que él. Román es el segundo apellido de su padre, que lo apodera actualmente y que antes lo había hecho con varios toreros malague-

ños, como Manolo Segura, Antonio Medina, etc.

Se vistió de luces por primera vez en Lucena el 1 de mayo de 1965, debutando con picadores en Valencia el día de San Pedro de 1966.

Es torero artista, estilo rondelero puro y equilibrado con capote, muleta y estoque.

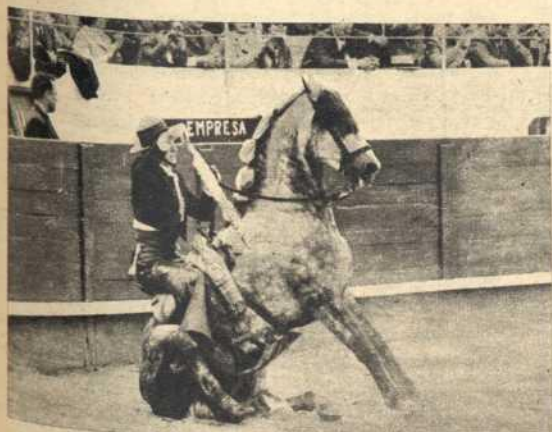
TOROS DE DON CARLOS SANCHEZ RICO

El ganadero don Carlos Sánchez Rico fue propietario anteriormente de la vacada que actualmente posee don Ricardo Arellano Gamero Cívico, a quien se la vendió por determinadas circunstancias.

Hace cinco años —septiembre de 1962— compró a don Félix García de la Peña la ganadería que éste poseía en Almendralejo y que anteriormente había pertenecido al hermano del señor Sánchez Rico.

Don Carlos Sánchez Rico ha eliminado todos los productos descendientes de Albarrán y Villagodio que había en la ganadería, y actualmente tiene a prueba con las vacas un nuevo semental adquirido este año a don Lizardo Sánchez.

Pastan las reses en Terrones, esperando el ganadero lograr una buena ganadería, ya que es un gran aficionado que selecciona y sigue muy de cerca el juego de sus toros.



FESTIVAL.—Dos momentos del festival taurino de la Costa Brava: Angel Peralta, citando en un alarde ecuestre, y las familias de los radiólogos europeos atentas al desarrollo de lo que pasa en el coso.

(Fotos SEBASTIAN.)



EL DEDO DE COLON

(RUMOR Y HUMOR EN LAS RAMBLAS)

Cuando le visité el otro día, el Almirante estaba sonriente.



—Siempre será usted todo un personaje. Pero hablemos de noticias taurinas.

—El Club "Hermanos Chamaco" ha ampliado sus trofeos anuales a los subalternos residentes en Barcelona. Este año figurará uno... al mejor puntillero.

—Pero si en vuestras plazas solamente hay uno.

—Es que se trata de algo especial. Si tiene una buena actuación a lo largo de la temporada, se le entrega el trofeo. Si no la tiene... no hay trofeo. De momento, Blanquet va cada día al matadero a practicar.

—No está mal. Porque, algunos matadores se quejan de que «aquí» les levantan los toros.

—En eso hay una falsa apreciación. No hay toro bien estoqueado que lo levante un puntillero. Lo que ocurre es que muchos toros se acuestan mareados de capotazos y con un pinchacito.

—Pero, ¿eso está prohibido por el Reglamento?

—No hablemos del Reglamento, que en Barcelona, como en otros sitios, algunos presidentes se lo saltan a la torera.

—Señale, Almirante, con el dedo.

—El pasado día 9 se le dio la vuelta al ruedo a un toro que solamente tomó una vara. Unos despistados la pidieron. Un presidente, más despistado aún, sacó el pañuelo azul. Y los buenos aficionados protestaron. Ellos me lo han contado.

—Es que se supuso que el toro, si hubiera tomado dos o tres puyazos más, hubiera sido bravo con los caballos.

—Pues, ¿es mucho suponer! Si a mí me hubieran llamado «descubridor», sin descubrir nada, no hubiera pasado el charco. Tuve que demostrarlo. Pero, hay más. En la misma corrida, dos toros demostraron sobradamente que merecían banderillas negras, y... no salió el pañuelo rojo. En el último, lo único rojo que salió fue la gorrilla del monosabio, que fue la que hizo arrancarse al toro contra el caballo. Y, eso, aunque lo ignore un presidente, también es antirreglamentario.

—Pero, en el manso anterior, fue Antofiete quien pidió el caballo. Y eso, aunque lo ignore un presidente, también es de suerte.

—Así, resulta que si un espada pide el cambio de tercio, no se tiene en cuenta la mansedumbre de un toro. Y si un espada lo pide, con una sola vara para un toro «posiblemente» bravo, sí se tiene en cuenta la «posible» bravura para sacar el pañuelo azul. ¿Sabe lo que pienso?

—Señale, Almirante.

—Que debe ser más fácil encontrar el azul que el rojo en el baúl de los pañuelos; que el pañuelo rojo... está más hondo. En cuyo caso propongo una solución: Lleve o no lleve banderillas negras un toro, si ha sido manso, debe asomar el pañuelo rojo al final. ¡Qué bien le hubiera ido al cuarto toro: Si no llega a tocarle a un maestro como Antofiete, aún está el toro, al huir de la muleta, dando vueltas al ruedo por su cuenta!

—Y el puntillero casi se ganó el trofeo del Club «Hermanos Chamaco». Por cierto, ¿no ha sido entregado aún el trofeo del Club «Cordobés» al mejor novillero del pasado año?

—Aún, no. Como usted sabe, lo ganó Pedrín Benjumea. En la primera corrida que actuó este año en Barcelona, el día 26 de marzo, la directiva del Club «Cordobés» fue a visitarle al hotel, por la mañana, para ponerse de acuerdo. Les dijeron que estaba durmiendo. Luego, toreó la segunda, y, al parecer, todavía no se había despertado. El domingo es la tercera. Ya se sabe... A lo mejor hay suerte-cilla...

—Y tal vez den también un reportaje por la Tele.

—Eso, hasta que no salga el espacio de cine amateur, lo veo más difícil que lo de los pañuelos. Tal vez si el pañuelo rojo llevara el plegado TV saldría con más frecuencia. Deberíamos enviarle uno a Urbarri para «Televisión es noticia». Y otro al palco...

El Almirante cortó la frase con un estornudo. Y sacó... un pañuelo azul. ¡Tenía un resfriado de vuelta al ruedo!

«PEP VENTURA»

SANGRE Y ARENA

Sería muy curioso averiguar desde cuándo y hasta qué punto las llamadas «minorías selectas» de estas latitudes han estado en contra de la Fiesta de toros. Porque, por lo menos, entre intelectuales y moralistas, existió una pequeña tradición antitaurina. De una parte, se repudiaba el incesante espectáculo de hemorragia animal que tiene lugar en los ruedos, la tortura del bicho, el riesgo inútil de los diestros; de otro lado, las dimensiones populares de la «afición» sólo podía sugerir un vasto pesimismo acerca del conjunto de la vida colectiva, sobre el supuesto de unas gentes, de mucha gente, habituada a divertirse con la crueldad. La tauromaquia resultaba ciertamente, cien por cien celtibérica, y celtibérica en el peor sentido de la palabra: los partidarios de una forma u otra de «europeización» veían en ella una rémora o una tara que era urgente extirpar. Precisamos, sin embargo, que la tendencia «castiza» de los escritores carpetovetónicos —tendencia observable hasta en los menos «castizos» plumíferos de la meseta— determinó, a menudo, «concesiones» más o menos vergonzantes: lo comprobamos en el mismísimo Ortega y Gasset, sin ir más lejos. Entre nosotros, la cosa adquiere aspectos de mayor severidad: desde el ángulo catalán, los toros, además de ser un entretenimiento bárbaro en sí y tóxico para las multitudes, presentaban supernumerariamente la nota repulsiva de ser «exóticos». De todos modos, el tema merecería una puntualización adecuada, tanto a nivel cronológico como en términos de alcance y de eficacia.

Simplificando mucho, yo me atravesaría a insinuar que la «lucha» contra el festejo taurino es —valga la pedantería— un epifenómeno de la «lucha» que las clases burguesas emprenden para desplazar del «poder» a los viejos y solidísimos residuos de la aristocracia semifeudal. Por acá, esta pugna parece más tenue o lenta, menos decidida, que en otros sitios. Pero, en realidad, ha sido, y sigue siendo todavía hoy, ácida y rotunda. Las treguas que la interrumpen de vez en cuando, no son sino eso, simples treguas. Y en su contexto, las polémicas en torno a la tauromaquia encuentran una explicación razonable. La repugnancia a convertir el sacrificio de reses bravas en recreo público es una actitud típicamente burguesa, y de extracción burguesa son los literatos que la erigieron en opinión militante. La «regeneración» del país, el propósito de incorporarlo a un estilo de vida «moderno», implicaba eliminar esa absurda reminiscencia del «Antiguo Régimen» que eran los toros. La sensibilidad urbana e «ilustrada» de la burguesía, en principio, no congenia con el desgarrar sanguinolento que se gasta en los cosos. Por lo demás, la «plaza» y sus funciones responden justamente a gustos y rutinas aristocráticas: los ritos y la indumentaria, la etiqueta, la pasión de la muerte que alienta en todo ello, la insidiosa manera de trabucar el «pueblo» en «plebe», son, con otros, rasgos muy significativos. Sin contar que, tras todo el tinglado, apenas llega a esconderse un vasto complejo de dehesas y latifundios, fácilmente identificable.

Si no estoy mal informado, en su origen, la Fiesta de toros fue un deporte de nobles: el torero, tal como ahora se entiende, aparece muy a finales del siglo XVIII. Los caballeros alcanaban cornúpetas en ocasión de solemnidades insignes o para pasar el rato. Ramón Muntaner, por ejemplo, alude a algún alarde de esta especie en su «Crónica», y sabemos que Alfonso el Magnánimo y los Borjas introdujeron la moda en Italia, precisamente desde nuestras tierras. El vecindario modesto asistía a la exhibición con ánimo encandilado, como asistía a los torneos o a cualquier otra manifestación suntuosa de los próceres. En el setecientos se produce un cambio radical en la estructura de la lidia: los aristócratas abandonan la arena, y a ella saltan los mozos más famélicos de sus dominios. Desde entonces, el toro será una siniestra pero prometedora profesión de pobres: «Más cornás da el hambre...» El ejercicio se hace peligroso, y a la vez, cotizante. Es la época de Goya. Maletillas y maestros proceden de Castilla y de Andalucía, sobre todo. En nuestro litoral, la renovación de la agricultura que se inicia por aquellos tiempos, reduce al mínimo el espacio dedicable a la cría de ganado bovino, y únicamente se practican las capeas pueblerinas, alegres e incruentas. El espectáculo adopta un aire específicamente castellanoandaluz,

y en especial, andaluz a secas. Esta restricción geográfica es otro dato a tener en cuenta. Y así continúa hasta hace cuatro días: todo el siglo XIX español viene marcado por su signo.

«Pan y toros» fue un slogan táctico de la Restauración: la oligarquía de terratenientes que trajo a Alfonso XII sabía lo que se hacía. La burguesía que crece a su lado aspira a desarraigarse el «vicio nacional»: la «droga» colectiva. Pero la burguesía nunca ha solido apasionarse por los ejercicios físicos enérgicos —quizá sí por la guerra, aunque por persona interpuesta—, y no buscó un sucedáneo a los toros. El «pueblo», por consiguiente, permaneció fiel a los divos de la espada y el capote. Los hechos demostraban, además, que los toros y el sufragio universal eran incompatibles. Lo de «Pan y toros», acabó, más tarde, en «Pan y fútbol». La neoburguesía de la posguerra aprendió la lección, de cara al «pueblo» de siempre, y las muchedumbres indígenas se trasladaron de los tendidos de la plaza al graderío del estadió. La incompatibilidad mencionada subsistía, desde luego. Sea como fuere, los toros entraron en decadencia. No es necesario ser demasiado viejo para recordarlo. No faltaron héroes y mártires de la muleta, mientras tanto, ni falló la clientela. Al fin y al cabo, la hegemonía señorial, levemente disimulada, perduraba. Pero el fútbol ganaba terreno. Es interesante destacar, sin embargo, que las fuerzas taurómicas —con toda la trascendencia implícita— no se resignan a perder la partida, y están volviendo a la carga. Lo digo en serio: se trata de un episodio de la lucha de clases, esto del antagonismo toros-fútbol...

Desde hace unos años, los toros han comenzado a tener otra «justificación»: el turismo. Al parecer, a nuestros visitantes europeos y americanos les agrada la maniobra de picar, banderillar y estoquear toros, y pagan lo que les piden por una entrada de sol. La experiencia forma parte del viaje. Podríamos creer, así, que la tauromaquia se independiza de su antigua vinculación «aristocrática», para ingresar en los circuitos internacionales de la industria turística. Y no: nada de eso. Subrepticidad y astuta, la influencia ancestral se aprovecha del caso para recupe-



rar posiciones. La televisión, con sus retransmisiones de corridas, ayuda a despertar o reanudar el entusiasmo ya decaído. En competencia con el fútbol, por descontento. Salta a la vista lo que hay en el fondo de cada «espectáculo»: en los toros, la venerable y resistente oligarquía del latifundismo semifeudal —y ustedes perdonen el vocabulario, pero no tengo otro a mi alcance—; en el fútbol, la todavía no victoriosa, ¡ay!, y ya fatigada burguesía... Me exuso de presentar las cosas de tal manera que se dibuje el predominio del fútbol como una réplica cispirenaica de la toma de la Bastilla. Soy lo bastante cauteloso para no aventurar paralelos tan humorísticos. Pero algo de eso hay. Por poco que nos fijemos, lo advertiremos en seguida. No me queda papel para referirme al «pueblo», disputado entre unos y otros. Con la Bastilla por tomar —alargo la broma—, el arte de Cúchares y del Cordobés, cuenta con un buen futuro por delante.

Juan FUSTER

(De «El Correo Catalán».)